

# PRÓLOGO



**L**legó a los alrededores de aquel pequeño pueblo una mañana de otoño, muy temprano, cuando nadie la esperaba. Descendió lentamente por el valle, abriéndose paso entre los altos y numerosos pinos de la zona, monumentales ejemplares de tronco largo y grueso, copa oscura y enmarañada, altos como edificios, silenciosos guardianes del bosque. Avanzaba despacio, sí, pero implacable y decidida, con la muda determinación de una bestia voraz; de una fiera que, segura de su pronta victoria, se cierne hambrienta e implacable sobre su presa desprevenida.

La niebla parecía haber surgido de la nada; era muy blanca, casi como una nube tóxica y muy, muy espesa. Algodón en movimiento, habría pensado cualquiera, pero allí no había nadie que la viera.

También era muy fría.

A su paso, conejos y ardillas correteaban en silencio con el pelo encrespado y se ocultaban en sus guaridas. Los pájaros cesaban su canto, se aferraban a sus ramas y aguardaban. Al principio todavía se pudo oír algún aleteo despistado, pero pronto cesaron por completo. El bosque estaba enmudeciendo. Y la niebla seguía avanzando, extendiendo sus sinuosos zarcillos, como dedos largos, retorcidos y vaporosos que hurgan en cada rincón, bajo cada rama, detrás de cada hoja. Abrazaba cada árbol acariciando con fría ternura sus troncos, y se

escabullía entre los matorrales y la maleza. En las hojas dejaba su huella, pequeñas perlas líquidas, un rocío maloliente. Con la llegada de aquella niebla incluso grillos y cigarras habían cesado su canto. El bosque entero había sucumbido al blanco hechizo; el mismo tiempo parecía haberse detenido.

Ella surgió de la niebla como si nunca hubiera estado allí, o como si hubiera estado siempre y su carne formara parte de la misma bruma que la rodeaba. Caminaba despacio, con pasos cortos pero decididos; sus botines negros de punta arañada y tacones sucios se clavaban en el manto de humus y hojas secas, crujían y se hundían en la blanda tierra; a cada paso que daba, revelaban una nueva huella, profunda, definida y repleta de la vibrante y húmeda vida que se retuerce en la podredumbre. Su falda, cubierta de restos de ceniza y con los bajos embarrados, le acariciaba las pálidas pantorrillas, manchándolas poco a poco. Un chal que había visto tiempos mejores abrazaba sus hombros encima de una blusa negra, y ella se lo sujetaba sobre un pecho que tendría que agitarse visiblemente por el agotamiento, pero que no lo hacía en absoluto.

La mujer se detuvo. Sus pies se hundieron más en el suelo. Alzó un poco el mentón y luego miró a su alrededor; su cabeza se mecía como si de una serpiente se tratase. Lejos de allí, al fondo de aquel valle, un puñado de casas que se apelotonaban en torno a un campanario medio derruido, como ancianos alrededor de una hoguera en pleno invierno, formaban un pequeño pueblo viejo y achacoso, de callejuelas angostas y empinadas. Ella sonrió al verlo, aunque no había felicidad en su sonrisa; apenas se la podría llamar así, de hecho, ya que sólo se limitó a retirar los labios en una extraña mueca, todo dientes y encías. Aquel lugar había cambiado poco y eso la llenaba de una amarga satisfacción. Tal vez la carretera que lo cruzaba por el sur no existiera antes; quizás todas esas casas al oeste, situadas en hileras más regulares, fuesen nuevas; pero el pueblo, el diminuto pueblo anclado en el pasado, continuaba siendo el mismo. Esa clase de lugares, después de todo, no

cambiaban nunca. Como ella.

La mujer vio entonces el río, que serpenteaba alrededor del pueblo como una molesta lombriz plateada; arrugó la nariz y el entrecejo, y las aletas se le dilataron. Sus ojos siguieron el curso del agua hacia el oeste, escudriñando cada palmo del verde paisaje; chasqueó la lengua cuando vio el puente que tanto conocía, y el sonido que hizo fue seco y áspero. Entonces negó con la cabeza; su cabello, recogido en un moño a medio deshacer, apenas se movió, pero las hojas secas que sobresalían entre aquellas cerdas grises y sucias se agitaron y bailaron. Siguió buscando, pero no lograba encontrar lo que buscaba en los alrededores de aquel condenado puente. Su parodia de sonrisa desapareció, y sus labios se apretaron.

No, allí había más casas ahora. Su pequeño pueblo, después de todo, había crecido más de lo que ella esperaba; el bebé había estirado las piernas y se había expandido por los alrededores. Al norte, al otro lado del río, había otros edificios nuevos, pero aquellos no le interesaban en absoluto. Sólo los del sur. Los de su lado. Los que había junto al puente.

La anciana no pronunció palabra alguna, porque en los últimos tiempos había perdido la costumbre de hacerlo; tampoco lo necesitaba, pues conocía la lengua del bosque, el idioma del silencio y de la dominación. Su mano izquierda, que colgaba inerte junto a su cadera, se alzó sin que el resto del brazo se moviera en absoluto; su piel arrugada parecía papel viejo, gastado, quemado. El perro que surgió entonces de la niebla, con pasos gráciles y silenciosos, se acercó a la mujer, se detuvo ante ella y dejó que su mano se posara sobre su cabeza. Su pelaje era oscuro y sus ojos claros. No importaba su raza, porque ella no hablaba al perro, sino a lo poco que quedaba del lobo que, en alguna parte dentro de aquella cabeza, todavía hacía latir con fuerza su corazón. Los dedos largos de su mano apergaminada se deslizaron hasta el cuello del animal y se deshicieron de la molesta correa que lo sometía al dominio del hombre. Ya no eres de ellos, le dijo sin abrir

la boca. El perro gimió y ella respondió, sin hacer ruido alguno, sin mirarle siquiera. El animal calló, y agachó la cabeza.

Pero aquel no era el único animal que acudió a la llamada. Primero fue sólo un breve aleteo, tan veloz que casi parecía un zumbido; luego llegaron otros. Pequeñas cosas peludas acariciaron sus tobillos; los arbustos de alrededor se agitaron. Los sonidos apenas eran leves notas que rompían un silencio cada vez más tenso y ominoso.

Y entonces el bosque estalló en una ruidosa algarabía de aleteos y graznidos. Las ramas de los árboles se agitaron con violencia; varias piñas y una multitud de agujas de pino cayeron alrededor de la mujer.

Ella volvió a sonreír. Alzó la mirada y buscó en el cielo, entre las copas de los árboles, aquel disco brillante que apenas lograba atravesar la capa de nubes y de niebla; su silueta era ahora más visible, lo que significaba que no tenía mucho tiempo. Tampoco lo necesitaba.

Echó a andar de nuevo, cuesta abajo, directa al fondo del valle, a aquel pueblo que llevaba un buen rato contemplando. Como si obedeciera a sus designios, la niebla se espesó y comenzó a derramarse ladera abajo con la parsimonia de la miel. Quien mirase en esa dirección habría creído ver una lenta avalancha, una ola blanca, casi sólida, que descendía con paciencia por la ladera de las montañas, ignorando por completo al viento.

Ocultando lo que se acercaba.

# CAPÍTULO 1





**L**o lograr que Judas entrara en el coche y se estuviera quieto en el asiento de atrás resultó bastante sencillo; siempre había sido un buen chico, después de todo. Lo complicado fue colocar la red separadora de seguridad. Tal vez fuera innecesaria, pero nunca estaba de más ser prudente. O casi nunca. Iván, que ahora conducía por una carretera comarcal que había conocido mejores tiempos a través de una espesa niebla llegada desde el otro lado del río, había tardado unos buenos veinte minutos en averiguar cómo se colocaba y otros veinte más en lograrlo; en total, cuarenta minutos invertidos en ese perro que ahora, como ya había imaginado, yacía tendido plácidamente en el asiento de atrás, en apariencia dormido. Judas era un enorme pastor alemán, o eso afirmaba Julia, la hermana de Iván; aunque él sospechaba que el perro era una mezcla de varias razas y que, con toda seguridad, estaba tan alejado de tener pedigrí como él de tener algo de sangre azul en sus venas. Ella lo había comprado unos años antes, cuando sólo era un cachorrillo adorable de ojos enormes; todavía vivían en casa de sus padres, por aquel entonces. Le llamó Jude, y la versión oficial era que lo había bautizado así por la famosa canción; Iván, sin embargo, sabía que el perro le debía el nombre al

actor favorito de su hermana. Su madre, no obstante, se empeñó en llamarle Judas. «¿Jude? ¿Qué es eso de Jude? Eso es Judas, de toda la vida». Y al final, el pobre animal sólo respondía ante ese nombre.

Iván percibió un movimiento en el asiento de atrás. Durante un instante temió que el perro se levantara, se abalanzara sobre él para lamerle la cara, como siempre hacía, y que la red no estuviera bien colocada. Pero el perro no hizo nada de eso. Se limitó a cambiar ligeramente de postura, meneó el rabo un par de veces con desgana, golpeando el asiento, y volvió a quedarse inmóvil. Aquel chuchó estaba acostumbrado a que lo llevaran en coche y, fuese cual fuese su nombre, Judas era un buen perro. Un perro al que había visto crecer y con el que había jugado a menudo. «Busca, Judas, busca». Aquellas palabras obraban verdadera magia sobre el animal. Era un perro al que había sacado a pasear infinidad de veces, ante el negligente desinterés de su hermana. Un perro al que él mismo había llevado al veterinario. Un perro que había sido suyo sin serlo realmente.

Bien, pues ahora ya lo era del todo.

—¿Me podrías hacer un favor? ¿Uno pequeñito? —le había preguntado Julia dos días atrás por teléfono. A pesar de no poder verla, Iván podía imaginar la carita de niña buena que le pondría de tenerla allí delante.

—A ver, sorpréndeme —respondió él, y luego cerró los ojos, esperando a que ella asestara el golpe de gracia. La conocía bien, y siempre era así: cuanto más insistía en lo pequeño que era el favor, mayor resultaba ser en realidad.

—Oh, eres un malpensado. Tampoco es nada del otro mundo... bueno, sólo me preguntaba si te podrías hacer cargo de Judas unos días...

Ajá, pensó Iván. Unos días. Así que por fin había ocurrido. Chasqueó la lengua y abrió los ojos de nuevo; Diana, sentada en el sofá, le estaba lanzando miradas inquisidoras, a lo que él respondió negando con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—¡Oh, vamos! Entiéndeme, hermanito: mi piso es muy pequeño, y Judas es un perro grandote. Necesito espacio y tu casa es grande. ¡Si incluso tenéis jardín!

—Julia, tu perro es grandote desde que tenía menos de un año y dejó de ser la bolita de pelo que tú confundiste con un peluche. Ha vivido toda su vida en pisos pequeños y, aunque no me guste eso, ya está acostumbrado —respondió con voz monocorde. Al oír aquello, Diana había adivinado de qué trataba la conversación y había comenzado a negar enérgicamente mientras agitaba un dedo extendido de un lado a otro.

—Pero es que, además, a mi novio no le gustan los perros.

Y ahí estaba la guinda del pastel. Las excusas de Julia siempre incluían a algún chico en los últimos tiempos, y rara vez era el mismo.

—A la mía tampoco le entusiasman, ¿recuerdas? Además, ya tenemos un gato. ¿Te acuerdas de mi gato?

—El gato de Diana, querrás decir —se burló Julia—. Es el gato más feo e idiota del mundo, y a ti nunca te habían gustado los gatos.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—Va, sólo pido que te lo quedes unas semanas. Además, Judas es un perrito muy tranquilo. No molestará a vuestro estúpido gato.

—Creía que sólo serían días.

—Va, hermanito, hazlo por mí...

Iván había suspirado entonces, mientras Diana se derrumbaba en el sofá, a su lado, aceptando ya la derrota. Una vez más, su hermana le había colocado entre la espada y la pared, como siempre. Y ahora suspiraba de nuevo mientras conducía por esa carretera llena de baches, y la niebla, cada vez más espesa, lo inundaba todo. Diablos, tendría suerte si esa noche no dormía en el sofá.

Aminoró la marcha y encendió los faros, aunque de poco le iban a servir. Su padre, un hombre que solía opinar más de lo que debía y que se creía experto en todas las materias habidas y por haber, siempre

le decía que era una locura sacar el coche del garaje sin unos buenos faros antiniebla; que era más seguro y que la prudencia nunca estaba de más. E Iván, que hasta hacía poco más de un año apenas había salido de Barcelona, no había dudado en permitir que dicho consejo le entrara por un oído y le saliera por el otro, una costumbre muy arraigada en su familia.

«Fantástico, papá. No se si te debo una cerveza o una buena colleja».

En la radio hablaban de un incendio acontecido cerca de Llers. Aquel municipio estaba cerca del pueblo, así que Iván se preguntó si toda aquella niebla no sería en realidad humo procedente del incendio. Casi esperaba ver, a lo lejos, el borde de las montañas recortado sobre la luz anaranjada del fuego devorando el bosque. Eso, y copos de ceniza: jamás había estado cerca de un incendio de verdad, pero en televisión, cuando salía alguno en las noticias, la ceniza caía siempre en gruesos copos, como si estuviera nevando. Pero allí no había luz naranja en el gris que desdibujaba las montañas, ni copos grises ensuciando el parabrisas de su coche. Tampoco olía a quemado y, ahora que lo pensaba, tal vez la niebla era demasiado blanca y abundante para ser el humo de un incendio.

Los locutores comenzaron a hablar de política e Iván perdió el interés. Cambió de emisora hasta que dio con una en la que ponían música. «Si es que a esto se le puede llamar música», pensó. Diana habría estado de acuerdo; tenían gustos parecidos al respecto. La calzada se volvió un poco menos sinuosa; el río transcurría a su lado en aquel tramo. Allí no era muy profundo, pero el caudal era veloz y había muchas rocas.

Un par de minutos después, una curva muy cerrada le obligó a aminorar la velocidad hasta cruzar el Puente del Diablo, un viaducto de piedras gastadas y ennegrecidas por el tiempo y la humedad, que recordaba por su estilo a los puentes románicos de la región, si bien ese era un poco más moderno, según tenía entendido. El puente se podía atravesar en coche, aunque era muy estrecho y se tenía que

conducir despacio. Como si no tuviese suficiente con la niebla. Iván aminoró todavía más y cruzó al ritmo de un viejo de articulaciones doloridas, sintiendo cómo ese pequeño cartel en la luna trasera, de color verde y con una enorme L en el centro, le clavaba en el cogote una mirada con ojos inquisidores. El cartelito era una presencia abrumadora e implacable que, en momentos como aquel, no ayudaba a tranquilizarle. Se preguntó por qué tenía que cruzar por un puente así, por qué no habían construido otro más ancho. El Puente del Diablo... Iván asintió en silencio; aquel nombre le estaba que ni pintado. Aunque, por otra parte, también le intrigaba. ¿Cuál sería su historia?

Algún día se lo preguntaría a su vecino. Si alguien lo sabía, sería él.

Llegó al otro extremo del puente y volvió a suspirar, esta vez de alivio. Enfiló el camino que iba a la derecha; el de la izquierda conducía al centro del pueblo, pero a él no le interesaba ir allí en ese momento. Recorrió el camino estrecho rodeado de altas encinas y enseguida vislumbró la silueta de la casa, la primera de una hilera de cinco idénticas. Frente a ellas, ahora que la niebla parecía amainar un poco, sólo se veía campo, un terreno agreste y boscoso, antigua tierra de cultivo que, según se decía, algún día sería urbanizada. Iván detuvo el coche junto a la cerca de tablones blancos que marcaba el inicio de su jardín.

—Bueno, ya hemos llegado, campeón —le dijo al perro, que al detenerse el coche había alzado la cabeza y ahora miraba a través de la ventanilla.

Salió del coche sin quitar la llave del contacto. Estiró las piernas, entumecidas de estar tanto rato al volante, y metió el pulgar entre la tripa y los pantalones, que le apretaban más que la última vez que se los puso. Había ganado algo de peso, sin duda por pasar tantas horas sentado y tan pocas haciendo ejercicio. Luego levantó el cierre metálico que mantenía cerrada la sección móvil de la cerca que hacía las veces de entrada para el coche, y que no se distinguía del resto cuando no estaba abierta. *La puerta grande*, la llamaba, y siempre hacía la misma broma cuando cogía el coche para ir a alguna parte. «¡Iván Manzano

sale por la puerta grande!». Diana siempre se reía con aquello. De todos modos, de grande sólo tenía la anchura; a diferencia de los laterales del jardín, delimitados con muros de obra que le llegaban casi hasta la barbilla, aquella cerca de tablones lacados en blanco y algo deteriorados, apenas superaba el metro de altura. Tarde o temprano tendría que cambiarla, porque no ofrecía demasiada seguridad y cada día se oía hablar de más casos de bandas procedentes de países del Este, que entraban en las casas y robaban empleando fuerza y violencia. Además, añadió a su lista imaginaria de contras: con toda seguridad, Judas no tendría demasiados problemas para saltar una cerca tan baja. Y lo último que necesitaba era que el perro, que ya le estaba trayendo bastantes quebraderos de cabeza, encima se escapara y tuviera que salir a buscarlo.

Con la puerta abierta, Iván regresó al coche rascándose la cabeza cubierta por una mata de cabello moreno y rebelde. Luego se adentró en el jardín por el pequeño camino asfaltado que conducía al garaje; el caminito bajaba en pendiente y era casi tan largo como la propia casa. Tal vez no tuviesen jardín en la parte de atrás, pero el delantero no era pequeño, precisamente. A un lado, junto a la entrada de la casa, la caseta del perro a medio montar le esperaba burlona. Sí, aquel chucho le traería quebraderos de cabeza; aunque algunos se los buscaba él solito, porque había sido él quien se había empeñado en montar la caseta con sus propias manos, a pesar de su total inutilidad en el campo del bricolaje. Pero lo lograría, vaya que sí, y Judas tendría una casa estupenda.

Igual que él, que ellos. Porque, a pesar de la cerca, Iván y Diana vivían en la casa de sus sueños.

**D**iana Casas, *la nueva promesa de la literatura de terror nacional*, según rezaba la contraportada de su última novela, trataba en vano de escribir algo a sabiendas de que no lo iba a lograr. Agazapada en su silla de despacho, la espalda curvada hacia delante, los pies descalzos apoyados en el asiento y el rubio cabello recogido en una coleta, contemplaba con hastío la tan temida página en blanco que en ese instante brillaba en la pantalla del ordenador. En realidad no se trataba de una verdadera página en blanco, o al menos no de la primera: ya llevaba escritos tres capítulos completos, y ahora se disponía a comenzar el cuarto, pero en aquel momento era incapaz de dar con la frase perfecta para empezarlo. Y su madre no era de ninguna ayuda, claro. Diana sostenía el teléfono inalámbrico entre el hombro y el mentón; había cometido el error de cogerlo sin mirar el número que aparecía en la pantalla, algo que mil veces se había prometido no volver a hacer jamás, y ahora su madre vertía todo un torrente de chascarrillos intrascendentes desde el otro lado del auricular. Aquella mujer era una verdadera ametralladora de palabras, a pesar de contar apenas con media docena de anécdotas que solía repetir una y otra vez y que, muy de vez en cuando, combinaba entre sí para darles un aire

novedoso. Diana las conocía todas de cabo a rabo. Por supuesto, había tratado de ignorarla y seguir con su trabajo, pues ni siquiera tenía que contestarle; su madre llevaba todo el peso de la conversación. Pero así no había quien se concentrara, y las palabras que intentaba hilvanar en su mente se mezclaban sin remedio con las que surgían del auricular. Hastiada, dejó caer la cabeza hacia atrás, el teléfono resbaló por su cuello y a punto estuvo de terminar hecho añicos en el suelo. «Bueno, no habría sido tan terrible», se dijo mientras lo agarraba con la mano y se lo volvía a pegar a la oreja.

El rumor lejano de un motor de sobras conocido le hizo mirar por la ventana. Aquel ruido también había despertado a Monroe, la gata de pelaje anaranjado y morro chato que le debía su nombre a una famosísima actriz. Monroe se puso en pie con una gracilidad melindrosa y poco acorde con su rechoncho perfil y, de un salto, se acomodó sobre los muslos de su dueña. Diana sintió su peso, se la quitó suavemente de encima y tras responder un desganado «ajá» a su madre, miró de nuevo por la ventana. La niebla, que media hora antes parecía cubrirlo todo como un manto de nata espumosa, ahora se disipaba por momentos. El coche ya estaba abajo, junto a la casa. Suspiró aliviada; no le hacía gracia que cogiera el coche cuando uno no podía salir de casa y verse las propias manos. Entonces le vio subir de nuevo hacia la cerca para cerrar la puerta; los hombros caídos, los pasos desganados. «Seguro que está pensando en instalar una puerta automática», se dijo.

—Sí, mamá, muy interesante. Oye, te tengo que dejar, que ya ha llegado Iván. Sí, sí, te he oído... sí... oye, que tengo que colgar. Dale un beso a papá. Hablamos mañana, ¿vale? —dijo apresuradamente, interrumpiendo el relato de su madre que, por lo visto, tenía que ver con la ya famosa borrachera navideña de la tía Margarita. ¿Cuánto tiempo tendría que pagar la pobre mujer haber bebido un par de copas de cava de más? A ese paso, la historia figuraría en su epitafio. Diana colgó sin esperar respuesta, ya que ese era el único modo de escapar.



Iván, que se acercaba de nuevo a la casa, se detuvo junto al escalón que había en la parte derecha del jardín; un desnivel de pocos centímetros formado por toscos ladrillos de piedra gris de aspecto muy antiguo. Allí, recordó ella con cierta pena, le habría gustado que creciera un rosal, pero nunca logró que germinase. En lugar de eso, el rosal terminó por secarse y morir, y tuvieron que arrancarlo. «Eso es porque ese limonero le hacía sombra», le había dicho su madre cuando se lo contó por teléfono. «Las flores, y en especial los rosales, necesitan mucho sol». Diana esperaba que las flores que había plantado ahora corriesen mejor suerte. Iván, que había mirado hacia arriba y la había visto, sonrió cansado y saludó con una mano. Ella le devolvió el saludo.

—Así que ya tenemos aquí al chucho —dijo un minuto después, tras salir de la casa y plantarle un beso en los labios a su novio.

—Sí, aquí está Judas —respondió él alzando ligeramente la correa, que caía lacia. El perro, grande y más negro que marrón, olisqueaba el suelo junto a los pies de Iván y movía la cola como si fuera un limpiaparabrisas frenético; cuando se acercó ligeramente a Diana, ésta dio un paso atrás, medio ocultándose tras Iván.

—Por Dios, no recordaba que fuera tan... enorme.

—Bueno, ya tiene unos cuantos años —trató de explicar, algo incómodo—. Pero te aseguro que no es peligroso.

Judas, como si quisiera subrayar esa afirmación, alzó la cabeza y miró fijamente a Diana con la boca abierta y la lengua colgando ancha y rosada. Ella le devolvió la mirada con una ceja alzada.

—En eso te doy la razón —dijo un poco más tranquila, aunque no tanto como para acercarse al perro—. Parece más estúpido que peligroso.

—Tonto y manso. Son las características del perro ideal.

—Supongo que sí —reconoció—. ¿Y qué hay de la caseta?

Iván miró a un lado, donde le esperaba todavía sin techo lo que tenía que ser el nuevo hogar de Judas. Había comprado todo el material hacía ya tres días, y había prometido montarla él solo; pero, al igual que esos condenados muebles suecos, le estaba dando más problemas

de los que había esperado. La diferencia radicaba en que dichos muebles siempre los terminaba montando Diana, pero la caseta no pensaba ni tocarla. No, de eso nada; él se había metido en ese lío por no saber decir que no, y él iba a apechugar con las consecuencias.

Tonto y manso. Las características del perro ideal. Del novio ideal. Cómo quería a ese niño grande.

—No queda tanto, esta tarde la termino —respondió él.

Se agachó junto a la pequeña zona de obras y recogió algo del suelo. Diana vio que se trataba de una pelota azul; seguramente le había comprado algunos juguetes, aparte de la caseta. Su mirada parecía haberse iluminado de repente.

—Eh, mira lo que sabe hacer —dijo mientras le quitaba la correa a Judas—. Se lo enseñé hace tiempo, cuando Julia y yo todavía vivíamos con nuestros padres.

Iván lanzó la pelota, y ésta trazó una parábola en el aire hasta caer junto al limonero cerca del desnivel. Diana lo había plantado allí el mismo día que se instalaron en aquella casa, la casa de sus sueños, como rúbrica a un período de suerte cambiante; pero el árbol, aunque crecía poco a poco y parecía sano, se negaba a dar fruto alguno. Ni siquiera había florecido.

Al lanzar Iván la pelota, Judas alzó la cabeza y dejó de mover la cola, como si estuviera esperando algo. A la orden de «busca, Judas, busca» salió disparado, recogió la pelota con la boca y regresó, a ritmo más calmado, para depositarla a los pies de Iván.

—No me digas que no es alucinante —dijo él mientras la volvía a lanzar. La expresión de su rostro, el brillo de sus ojos... Iván parecía un niño en navidad a punto de abrir sus regalos; sin duda, le encantaba tener allí al perro.

La pelota cayó algo más lejos esta vez, al pie del escalón que cruzaba una porción del jardín. A menudo Diana se preguntaba cuál sería su historia, porque tenía toda la pinta de haber formado parte, en algún momento del pasado, de una construcción; tal vez el muro de una casa

derribada mucho tiempo atrás. En ese momento, sin embargo, le preocupaban más las plantas que crecían allí; plantas no muy grandes, de flores naranjas, que había plantado apenas hacía un par de días justo donde había estado el rosal. Ciertamente era que las flores comenzaban a secarse, pero era otoño, al fin y al cabo. Y las plantas, por lo demás, parecían sanas. En aquel instante eran la única nota de color en un pequeño mar de obstinados verdes y marrones, y Judas se había detenido a pocos centímetros de ellas. Judas, un perro enorme. Judas, un perro juguetero. Diana temía que las pisara sin contemplaciones, si era necesario. Las aplastaría, y ni siquiera podría enfadarse con el animal porque él no sería consciente de lo que estaba haciendo. El perro, no obstante, las ignoró por completo. Recogió la pelota sin subir el desnivel, y regresó con su alegre trote y aquel brillo de alegría en los ojos. Iván se arrodilló para coger lo que el perro le traía, y le acarició la cabeza y el hocico.

—Buen chico, Judas. Buen chico.

—Cariño, intenta no tirar la pelota cerca de las flores.

—¿Qué? —Iván miró a su novia con el entrecejo arrugado y, a continuación, asintió sonriendo—. Oh, claro. Perdona.

—El perro se va a quedar, ¿verdad? Quiero decir... se supone que es sólo temporal, pero tu hermana no vendrá a por él.

—Cariño, no creo que...

—No, no pasa nada, tranquilo —los labios de Diana se ladearon, dibujando una media sonrisa poco pronunciada—. Ya lo imaginé cuando hablasteis por teléfono. Sé cómo es Julia; no la conozco desde hace tanto tiempo como tú, pero suelo tener buen ojo con la gente. También sé que tú adoras a Judas. Es tu perro. Siempre lo fue —suspiró—. Y bueno... supongo que las cosas no nos van del todo mal. No me gustan los perros grandes, pero nos lo podemos permitir... más o menos. Demonios, espero que no sea muy glotón, porque es enorme. ¿He mencionado ya lo enorme que es?

—Creo que Monroe come más —respondió Iván, poniéndose de

pie y rodeando con sus manos la cintura de Diana. A sus pies, el perro jugaba con la pequeña pelota azul—. Cariño, es verdad que adoro a Judas. Pero a ti te adoro cien mil veces más. No, un millón de veces más. Diez millones... —fingió dudar— más uno.

—Idiota —dijo ella, y le besó en los labios—. ¡Más te vale! O te tocará dormir en esa caseta sin tejado y la tendrás que compartir con él.

Él la abrazó con fuerza y le dio un beso en la frente. Ella no era muy alta, e Iván le sacaba casi una cabeza de altura.

—Lo que quiero decir —continuó él— es que... en fin, ya sé que Julia nos lo ha intentado endilgar para siempre; soy cortito, pero no tanto. Pero si no lo quieres aquí, se lo devolveré. Por mucho que ella proteste.

—No. No sé. El perro... —Diana miró a sus pies, donde Judas, medio tirado en el suelo, quizás demasiado cerca para su gusto, mordisqueaba sin fuerza la pequeña pelota—. Bueno, es *simpático*. Pero me preocupa que se lleve mal con Monroe. O que destruya las flores antes de que se mueran por sí mismas —bromeó, y rió sin muchas ganas.

—No te preocupes, no lo dejaré suelto por el jardín. Judas estará atado y no pisará las flores.

Diana asintió. Como si hubiera escuchado sus palabras, Monroe cruzó la puerta, descendió los dos escalones y se acercó a ellos soltando un único y dulce maullido. Monroe, la gata gorda y chata, andaba con gráciles pasos de superioridad, como una estrella de Hollywood venida a menos que añora tiempos mejores. «¿La verdadera habría terminado así de no haber muerto?», se preguntó Diana. «¿Gorda y vieja, atrapada en sus sueños de una grandeza pasada y marchita?».

Con la cola en alto, los andares sinuosos y la mirada de desdén, Monroe se frotó contra su pierna y pasó junto a Judas, a quien ni siquiera se dignó mirar. El perro, por su parte, la observó un instante, con la lengua colgando de esa forma tan ridícula, y sin dejar de mover

la cola; a continuación, volvió a agachar la cabeza y continuó mordisqueando su pelota.

—Creo que no habrá problemas de convivencia —observó Iván, con una amplia sonrisa que redondeó aún más sus mejillas. Diana asintió.

—Está bien. Pero tendrás que terminar de montar la caseta, o el pobre no tendrá donde dormir.

Iván volvió a mirar su pequeña obra a medio terminar; esa caseta que tan fácil de montar iba a ser, y que tanto se le estaba resistiendo. Asintió, despacio.

—La monto esta tarde, lo prometo.

—Hagamos una cosa —dijo ella—. Después de comer nos ponemos los dos, y ya verás como la acabamos en un *pis-pas*.

—¿No decías que tendría que hacerla yo solito?

—Te ayudaré a montarla —insistió, con una chispa de malicia en su mirada—, pero a cambio tú tendrás que sacar a pasear a Judas cada día. Puede quedarse, pero ni loca voy a permitir que haga sus cosas en el jardín.



**A** apoyando los codos en el alto mostrador de madera de peral y rodeado de dudosos productos dietéticos, cajas de analgésicos y un silencio que sólo rompían las apagadas voces provenientes de una pequeña radio en la rebotica, Ramón Sagrera, don Ramón para sus vecinos, bostezó ruidosamente y sin complejos. Aquel, se dijo, iba a ser uno de *esos días*. Por lo general, los clientes de aquella farmacia, la única en todo el pueblo, se dejaban caer poco a poco, como con cuentagotas, pero sin pausa. No solían amontonarse en incómodas y caóticas colas como en otros establecimientos, sino que iban apareciendo a lo largo de todo el día. Algunos, los que consideraba clientes *muy habituales*, incluso parecían haber reservado su propio turno: a primera hora de la mañana solía dejarse caer la señora Aurora, cuyo nombre no podía ser más apropiado, cargada con un puñado de recetas que nunca parecía terminarse; luego venía don Vicente, a quien siempre le dolía algo, ya fuera una muela, la tripa o el dedo gordo del pie, y cada día se apagaba un poco más; por la tarde aparecía ese hombre, cuyo nombre don Ramón nunca recordaba, que balbuceaba un poco y olía a vino, y le compraba cantidades industriales de un enjuague bucal que, por el aspecto de su dentadura, rara vez utilizaba. Y como

ellos tantos otros, ávidos de analgésicos, calmantes y viagra. El pueblo, se dijo, envejecía poco a poco. Él mismo se hacía viejo día tras día. Su bigote moreno pero lleno de hebras grises y su cabeza completamente calva así lo atestiguaban.

Pero cuando hacía mal tiempo, cuando hacía un día de perros, a veces dejaban de venir, sin más. Las articulaciones les seguían doliendo, sus males continuaban acechando, pero ellos preferían aguantar en sus casas. Tal vez envueltos en una manta, tal vez amodorrados delante de la estufa, observando el temporal por la ventana. Y al día siguiente, cuando el sol brillaba con fuerzas renovadas y las nubes de lluvia parecían haberse desvanecido, llegaban todos de golpe, sin respetar turnos ni colas, olvidando la aparente calma con la que acudían normalmente. Por lo general, en esos casos entraban todos a las mismas horas: a media mañana, a mediodía y a última hora. Sobre todo a última hora. Y, por supuesto, todos tenían mucha prisa en ser atendidos. Entonces don Ramón hacía su trabajo con meticulosidad, a pesar de que no se necesitaba mucha para meter una caja de aspirinas en una diminuta bolsa de plástico; y también con calma y toneladas de paciencia, una paciencia que luego, por la noche, necesitaría ahogar en una buena copa de Oporto. Porque, cuando los clientes se ponían así, tras su torva sonrisa ocultaba unas ganas locas de matarlos a todos.

Y aquel día, que había amanecido con el pueblo envuelto en una niebla que no le dejaba ver ni la punta de sus propios zapatos, se podía considerar un día de perros, uno que auguraba un mañana movido y estresante. La niebla casi se había disipado por completo y el cielo tampoco estaba tan nublado; pero el daño ya estaba hecho. Ramón Sagrera, farmacéutico desde hacía casi cuarenta años, sabía que aquel día ya no vendría nadie.

Las voces de la radio, que ahora hablaban de deprimentes asuntos económicos, se interrumpieron un par de veces a causa de unas molestas interferencias y a continuación dieron paso a una música suave y anodina. «Maldita antena, siempre da problemas». En la calle se oyó



un ruido, algo así como el gruñido de un perro. Don Ramón miró a través de la puerta de cristal y del escaparate atestado de productos estrella que nunca vendía, pero sólo vio una porción de acera, húmeda y vacía. Allí no había nada. Día de perros, gruñidos de perros. La música titubeó entre ruidos de estática. La antena era malísima, y le afectaba mucho el clima. La estática engulló las pocas notas musicales que aun llegaban. Algo se movió en la calle.

Cuando don Ramón volvió a echar un vistazo, había una anciana frente a la puerta. Estaba inmóvil, inclinada hacia delante, y parecía jadear en silencio. Su brazo estaba extendido, apoyado en el cristal del escaparate, donde sin duda había dejado una huella que luego tendría que limpiar él.

«¿Quién será?», se preguntó, tratando de reconocerla. «No parece la señora Aurora. No, su cara no me suena».

La anciana no se movía ni miraba a la farmacia, pero su cara estaba blanca y era obvio que no se encontraba bien. ¿Por qué no se decidía a entrar? Don Ramón apoyó el peso en un pie y luego en otro, tamborileó con los dedos sobre el mostrador y, finalmente, se acercó a la puerta.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? —preguntó tras abrir la puerta, con su peculiar forma de hablar: don Ramón padecía un defecto del habla que le hacía incapaz de pronunciar las erres correctamente. Notó que la mujer no olía muy bien, algo que no resultaba sorprendente, vista de cerca: su ropa estaba sucia y en su cabello, mal recogido y desaliñado, había restos de tierra y algunas hojas. «Parece salida de un agujero. Una indigente, sin duda». La mujer miró a don Ramón con las cejas alzadas y las comisuras de unos labios resecos temblando. El ruido que hacía al respirar era desagradable.

—Estoy mareada —dijo en un susurro lastimero. Sus ojos, dos canicas inmóviles de un gris que no se decidía a ser verde, se habían clavado en el rostro moreno de Ramón Sagrera. El suyo, en cambio, estaba muy pálido.

—Pero no se quede aquí, mujer —dijo él, ofreciéndole el brazo para que se sujetara. Seguramente se trataba de una bajada de tensión, pero más valía asegurarse y evitar sorpresas—. Va, que aun se desmayará, y no hace día para tumbarse en la calle. Entre en la farmacia y siéntese, que estará más cómoda y calentita.

La anciana, que apenas se había movido, pareció reaccionar ante aquellas palabras al momento. Se sujetó al brazo de don Ramón y, sin perder tiempo, se dirigió hacia el interior de la farmacia. Caminaba encorvada, muy despacio, y daba la sensación de que podía caerse al suelo en cualquier momento; pero sus manos, observó el farmacéutico, se aferraban a su brazo como garras de acero. Toda la fuerza que parecía faltarle la debía tener acumulada en aquellas dos tenazas, en aquellas manos pálidas y frías que, ahora que se fijaba, eran muy grandes para una mujer a la que sacaba casi una cabeza.

«Abuelita, abuelita, que manos más grandes tienes».

Cruzaron juntos la farmacia. Ella miraba de un lado a otro, examinándolo todo con atención. De vez en cuando arrugaba la nariz de un modo absurdo, como si olfateara, pensó Ramón un poco ofendido. Él se esforzaba en mantener aquel lugar impoluto; su madre, que en paz descansa, le había educado bien al respecto. Además, si algo olía mal allí era ella, esa anciana desamparada.

Aunque no olía como un vagabundo. No, aquello era distinto.

—Siéntese un ratito, y ya verá como se encuentra mejor —dijo él, señalando la silla de plástico que había a un lado. La había puesto allí tiempo atrás por si algún cliente tenía que esperar a ser atendido, algo que sólo ocurría el día que seguía al día de perros, aunque entonces eran tantos que una sola silla no era nunca suficiente. La anciana, sin embargo, lanzó una mirada al escaparate y luego negó con la cabeza, temblando.

—Estoy mareada —repitió.

Don Ramón tuvo una extraña sensación de repetición. De *déjà vu*. De que aquella mujer acababa de utilizar la misma entonación, exacta-

mente la misma, que la primera vez que había hablado.

«Menuda tontería. ¿Qué entonación iba a usar, sino?».

Aun así, sintió un leve escalofrío.

—Pues siéntese, mujer —insistió, tratando de recuperar la compostura—. Lo que necesita es descansar, y tal vez beber un poco de agua. O un caramelo. ¿Quiere un caramelo? El azúcar le irá bien, si se trata de una bajada de tensión.

—Hace mucho sol —respondió ella.

Don Ramón miró de nuevo a través del escaparate. ¿De qué estaba hablando? Ciertamente era que el día había mejorado y ya no quedaba rastro de la niebla de la mañana, pero el cielo continuaba encapotado; si el sol brillaba de algún modo, era por su ausencia. No, todavía seguía siendo uno de esos días, un día sin clientes, un día de perros. ¿Dormía ella con perros? ¿Por eso olía así? No, tampoco era eso.

La anciana señaló con una mano temblorosa la puerta que había tras el mostrador, junto a los estantes abarrotados de medicamentos.

—Quiero descansar ahí —dijo, y esta vez su voz sonó más fuerte y autoritaria. Don Ramón intentó protestar, pero ella ya se dirigía hacia la puerta sin esperar su consentimiento, arrastrándole con él, agarrada como estaba a su brazo. Aferrada con una mano grande, de hombre. Con una mano que, más que fría, estaba helada. «No tendrías que dejarla entrar», se dijo; pero enseguida rectificó, sin saber muy bien porqué: «No tendrías que haberla dejado entrar».

La rebotica no era muy grande, aunque había espacio suficiente entre armarios y estantes para una pequeña mesa brasero y dos sillas con respaldo de mimbre. La anciana soltó el brazo de don Ramón y se sentó en la silla más alejada de la puerta, a la luz de una única bombilla. El farmacéutico se frotó el brazo; casi se le había dormido.

La anciana, allí sentada, se había quedado inmóvil; las manos colgando inertes a ambos lados del cuerpo, la espalda un poco encorvada, la mirada perdida en algún punto de la esquina que tenía enfrente.

—Bueno... usted descanse —dijo don Ramón, titubeando—. Ahora

le traigo un poco de agua.

—No necesito agua. Sólo quiero descansar. Sólo quiero esperar.

—¿Esperar? Oiga, pero...

—Sólo quiero esperar —repitió la anciana. Había algo desconcertante en aquella voz, en el modo en que decía aquellas palabras; pero don Ramón no conseguía identificarlo. De no ser respuestas coherentes, casi diría que hablaba por hablar, que no le respondía a él.

Ramón Sagrera también se sentó. No quería quedarse allí, pero tampoco podía dejar sola a la anciana. «La mujer está débil, podría pasarle algo», pensó, aunque en realidad no era eso lo que le preocupaba.

En el fondo no se fiaba de ella.

Los dos permanecieron callados, y el silencio se hizo atroz. Sólo entonces se dio cuenta, don Ramón, de un detalle minúsculo, sin importancia.

Desde que había aparecido aquella anciana, la radio permanecía en silencio.